

El Obrero

Número suelto, 10 céntos.

AÑO XXIII

NUM. 1.036

Palma de Mallorca 6 Enero de 1922

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: En Palma, 0'40 ptas. al mes.—Fuera de la capital, 1'25 ptas. trimestre.—Extranjero, 5'00 ptas. año.—Paquete de 30 números, 1'80 ptas.

APARECE LOS VIERNES

Organo de la Agrupación Socialista.—Defensor de la clase obrera

Balear

EL ARGUMENTO DE LA TRAGEDIA

Formación de los "motivos" de la guerra de Africa

No hallo la respuesta, por más que la busco. No llevo a saber si hacemos esta guerra porque hay razones que la justifican, o bien si buscamos razones para justificar la guerra que hacemos... Ello me recuerda aquellos famosos documentos que encontraron los alemanes en Bélgica para justificar el haberla invadido... Cualquiera hubiese dicho que la habían invadido para buscar las razones de hacerlo. ¡Oh, padre Voltaire, séame propicia, tu inmortal ironía! Esta es la hora en que me pregunto también si hemos ido, en otro tiempo, a Zeluán y Monte Arruit para dar ocasión a que la barbarie de los moros justificase hoy nuestra vuelta.

Pero, en fin, aun admitiendo que la clega defensa de un pueblo invadido pueda ser la justificación del invasor lo cierto es que el ciudadano español a quien se impone esta guerra como deber ineludible vacila entre las múltiples y aún opuestas razones que de la misma le dan. Si analizásemos la preparación larga y lenta con que esta guerra fué sugerida en la opinión española, nos parecería la interesante formación de un mito histórico.

El impulso inicial de ese mito fueron las repetidas y enfáticas alusiones a la continuación de nuestra lucha secular contra el moro; a una conversión (algo sarcástica como valor moral) de la Reconquista en conquista, ejercida al otro lado del Estrecho. Es lo que se llamó, con declamatoria solemnidad, el testamento de Isabel la Católica. Diríase que esa procedencia regia comunicaba a nuestra aventura africana un carácter sagrado, como si aquella reina (viente a modo de imagen divinizada en la conciencia colectiva, por virtud de una curiosa e interesada transfiguración histórica) continuase reinando y sus decretos obligasen todavía a nuestro nativo vasallaje.

Existía, pues, en el ánimo español un impulso étnico de aversión al mahometano; pero ese impulso no andaba ciertamente en los gérmenes nobles de nuestra sentimentalidad, destinados a depuración y crecimiento. Era un

poso de ancestrales rudezas, un sedimento atávico, no una energía embrionaria de civilización y superior conciencia.

O'Donnell pudo, en 1859, utilizar para turbios designios ese impulso; pero aquello fue una sacudida efímera, sin ningún valor de trascendencia.

Era preciso encontrar «razones» más acomodadas a nuestra mentalidad corriente y a nuestro tiempo. Al perderse las colonias, Marruecos pareció que se ofrecía como una tentación a las propias avidencias que habían causado el desastre nacional, y que entonces quedaban sin presa para sus fauces insaciables... Y empezó a actuar el tópico de «nuestro porvenir está en Africa». Pero el incendio no prendía; España parecía querer, al fin, reconcentrarse en sí misma, romper con su leyenda suicida, infundirse un alma nueva, para entrar en una historia que ella no ha sabido vivir jamás.

Entonces la tentación tomó nuevas formas, como el diablo proteico de los anacoretas. Comenzó la etapa diplomática de nuestro africanismo. Europa iba a confiarnos una misión. La Conferencia de Algeciras fué el momento apoteósico de esa modalidad. Pero esa misión, ¿en qué consistía? Para las realidades diplomáticas consistía en aprovechar a España como valor neutralizador en el equilibrio de las potencias, atenuando la influencia francesa y completando la distribución de los territorios ofrecidos a la garra envidiosa de las metrópolis. La explotación de nuevas riquezas vírgenes, la subsiguiente formación de intereses consagraria pronto esa repartición de la tónica de un imperio moribundo. Nadie pensaba entonces en ríos de oro, muy diversos del río de oro que vierte hoy en aquellas tierras ingratas la casi exhausta fuerza nacional.

Pero aquel realismo diplomático comprendió que le era necesario disimularse bajo un valor idealista de intervención justiciera. Ya no era posible, se dijo, tolerar más los atropellos

cometidos por la morisma a las puertas de la civilización. Había que completar la extinción de la piratería, asegurar las rutas marítimas, evitar la industria de los secuestros y rescates. En más amplia visión ese intento se tradujo, al fin, en el propósito de civilizar Marruecos, «protegerlo», incorporarlo en la convivencia humana. Así la empresa era considerada por primera vez desde el punto de vista marroquí. Para ello la diplomacia tenía una palabra mágica, para la cual estaba completamente inadecuada a las aptitudes tradicionales de España: la palabra «protectorado».

Vistas así las cosas, ¿quién resistiría a tan honroso encargo de la civilización? Todas las opiniones políticas podían escoger su mot vo favorito, adaptado a su respectiva idiosincrasia, para aceptar con júbilo la intervención y lanzarse a ocupar las tierras marroquíes, llamando a esa acción conquista o protectorado, según conviniese a los diversos albedríos, que no iban a reñir por cuestión de palabras...

Pero los verdaderos comienzos de la intervención fueron señalados en España por la más inesperada y violenta de las resistencias. Una ciudad española, Barcelona, quedará en la Historia como el primer ejemplo de una huelga obrera por la paz. En aquellos días trágicos de 1909, el mito oficial africano tuvo que luchar contra la opinión, que no alcanzaba a ver ningún valor de idealidad nacional sobre el interés parcial y crematístico de los colonizadores...

Entonces empezó a cuajar un nuevo aspecto del mito africano: urgía romper el «ahogo» de la plaza de Melilla. De esa motivación se ha formado, como por intus-suscepción, el tópico actual: España necesita, para su defensa, formarse una frontera «natural» (?) mas allá del Estrecho. Sólo así podría asegurar su independencia. Renunciar a Marruecos equivaldría a la pérdida de nuestra misma existencia nacional...

Pero esta guerra ha producido ahora un nuevo «motivo», bien insospechado. Ahora operamos en Africa para «vengar» la ofensa que nos han inferido, defendiéndonos, los rifeños; vamos a castigar su «rebelión»; vindicamos nuestro honor, comprometido por la derrota.

¡Qué lejos estamos, pues, del «motivo» idealista, el de la protección civilizadora y educativa, por la cual nuestra superioridad espiritual se contrastara fecundamente con la barbarie ma-

Agrupación Socialista

Se convoca a los afiliados a la Asamblea que se celebrará el próximo domingo día 8 a las 5 y media de la tarde para tratar sobre las próximas elecciones y otros asuntos de vital interés.

Se suplica asistencia de todos los afiliados.

El Comité

rruquil ¡En vez de suscribir con nuestro ejemplo la regeneración de aquel pueblo rudo, su barbarie despierta nuestra dureza hereditaria! No somos nosotros los influyentes, sino que importamos el suyo: somos, en realidad, colonizados en nuestra alma, contagiados del mismo que queremos extirpar... Y el daño que así causemos a la psicología nacional es infinitamente peor que el daño material que nos proponemos resarcir.

Pero nuestra conciencia, en esta hora de prueba, debería plantearnos una seria y angustiosa pregunta: ¿No hay en nuestra conducta anterior ninguna culpa respecto a la propia barbarie de que hemos sido víctimas? ¿Qué esfuerzos hemos hecho, qué ejemplos hemos dado para actuar victoriosamente sobre el alma rifeña para inclinarla al bien, a la civilización, a la humanidad? Sobre mi mesa, en elocuentes recortes de nuestra prensa, tengo un montón de abrumadoras pruebas, confirmadas por los debates del Parlamento...

¡Civilizar Marruecos! Sería curiosa una investigación para averiguar el concepto que la mayoría de nuestros conciudadanos se forma de la civilización y del progreso.—¡Valiente gratitud la de los moros (piezas ese vulgo dorado), que así paga los beneficios de nuestra civilización!—Y es que sólo identifican la idea de progreso con una pueril y mezquina materialidad, en la externa apariencia del adelanto humano. ¿Qué valdrán las locomotoras, y

los tractores, y las redes eléctricas cuando no se puede irradiar más allá de las fronteras la pérdida noción de la justicia ni se quiere oponer a una bar-

barie otra cosa que la violenta pasión de imitarla para vengarla?

Gabriel Aletmar

Sesión del Ayuntamiento

Otra sesión interesante.—La Mitra vence a la Ciudad.—El Ayuntamiento cede al Obispado la parte del edificio de Montesión cuyo valor excede de 140 mil pesetas.—Posición de los socialistas.—Otros asuntos.

El lunes a la hora de costumbre y bajo la presidencia del Alcalde señor Fons, se reunió el Ayuntamiento. Leída y aprobada que fué el acta anterior, se reprodujo el debate suspendido la última sesión sobre si o no el Ayuntamiento debe ceder al Obispado la parte del edificio de Montesión que, en el año 1918 fué cedido por el Estado a la Corporación municipal.

El compañero Bisbal solicita se dé lectura al dictamen de la Comisión de Fomento en el cual se pide que el Ayuntamiento no acceda a lo que se pretende por parte del Obispado.

El señor Roca Waring arañista su opinión contraria a que la Corporación ceda el edificio. Dice que a ello no tiene derecho ningún concejal, que debe defender lo que el Estado cedió al Municipio.

El señor Obrador dice que se debe entregar al Obispo por la razón de que en muchos años el Ayuntamiento no ha hecho nada.

El señor Solá se muestra contrario a la cesión y dice dirigiéndose al señor Obrador que de una manera clara diga que a él le conviene.

El señor Muntaner es partidario de que se ceda.

El señor Trián manifiesta que no entiende a los concejales al pretender ceder la parte del citado edificio. Dice que a lo que se argumenta sobre si el Ayuntamiento perderá cuanto allí gaste en reformas, debe contestar que al hacerse la cesión por el Estado ya se dijo que en caso de realizarse gasto alguno para su conservación cuando el Ayuntamiento tuviera que desprenderse se le debían abonar los gastos que tales reformas produjeran.

El señor Pou es partidario de que no se ceda por entender que allí se puede instalar el Museo en proyecto.

Bisbal interviene y dice que tenía la idea de hablar después que lo hubiera hecho el señor Pascual porque siendo abogado pudiendo para estudiar el asunto desearía conocer su opinión, pero el señor Pascual, —dice Bisbal— no se muestra en lo propicio y siendo así no tengo más remedio que intervenir ahora mismo.

Dice nuestro compañero: «En este asunto veo dos intereses opuestos y entiendo que los concejales sea cual

sea su posición política o religiosa deben defender al Ayuntamiento, deben defender a la ciudad. En el año 1918 el Estado cedió a la Corporación municipal el edificio de Montesión y en aquella época, tan difícil, en que el problema de las subsistencias era tan palpitante, el Ayuntamiento tuvo necesidad de ocupar la parte del edificio que le correspondió en almacenamiento de artículos indispensables para el consumo del pueblo. Esta fué la causa de que ni se pensara siquiera en verificar las reformas cuyo valor se estimó en 14 mil pesetas. Aquello fué accidental y el carácter provisional que tiene deberá desaparecer.

A mí —continúa Bisbal— no me extraña que concejales que son conocidos por sus ideales católicos y que pertenecen a las extremas derechas, apoyen la pretensión del Obispado, pero que esto lo haga el señor Pascual que es el jefe de una minoría liberal, no me lo explica. Solamente se explica el hecho habiendo sido por medio grandes compromisos, y yo entiendo que cuando se viene aquí se deben olvidar todos ellos. (El señor Pascual exclama: «no tiene su señoría derecho a decir eso»).

Bisbal replica: Lo que no tengo es la prueba material pero tengo la íntima convicción de que es así. Aquí se verá hoy a un concejal extremadamente católico, como es el señor Buides, unir su voto a un socialista en contra del jefe de la minoría liberal.

Los que voten en favor de la cesión —termina diciendo nuestro compañero— irán en contra de los intereses del Ayuntamiento y en favor de los del Obispado.

El señor Pascual habla para decir que le parece legítima y justa la pretensión del Obispo; que no se cede nada propio y que cree ser liberal al obrar así.

Bisbal vuelve a intervenir y dice al señor Pascual que entiende todo lo contrario de él. En cuanto a que el edificio es una ruina, basta saber, —exclama— que está valorado en más de 140 mil pesetas. Además ¿si tiene valor para el Obispo como no lo tiene para el Ayuntamiento?

Otra razón es la que ha expuesto el señor Trián de que el Estado en caso

de tener que apropiarse nuevamente según la ley debe satisfacer el gasto que se haya hecho en reformas.

El señor Pascual pone dudas y el señor Trián lee la ley que resulta en la forma expuesta por Bisbal.

Este último dice: «yo creo que el señor Pascual al ir allí ya fué con el prejuicio de que debíamos de cederlo, pues si hubiera ido en otra forma, es decir, como concejal y como abogado indicado como tal, otra cosa hubiera hecho.

El señor Barceló y Caimari con una salida de leguleyo, se muestra conforme con la cesión.

Pasado el asunto a votación se aprueba ceder a la pretensión del Obispo por 14 votos contra 6 de los señores Solá, Roca Waring, Trián, Pou y nuestros compañeros Bisbal y Ferratjans.

A una proposición para adoquinar varias calles con dinero del fondo de Subsistencias Bisbal se opuso diciendo: «En otra ocasión ya se pedía dinero del fondo de Subsistencias para destinarlo a obras y ya entonces me opuse como me opongo ahora porque entiendo que hasta que no se haya hecho la liquidación total no podemos gastar un céntimo, pues no sabemos cual será el resultado.»

Además dijo nuestro compañero, contestando al señor Pascual que el dinero que se pretende gastar, aun no ha ingresado en Caja.

Es pasado a votación el dictamen y resulta aprobado por 17 votos contra 3 del señor Trián, Bisbal y Ferratjans.

Se presenta luego un dictamen propuesto el nombramiento de varios empleados.

Ferratjans pide quede ocho días sobre la mesa y, como se oponga el señor Barceló y Caimari, Ferratjans dice: «La última semana no se reunió la Comisión y hoy mismo se ha reunido y yo no he asistido; hubiérase dicho que se tenía que fabricar este acta en y hubiera asistido.

Queda sobre la mesa.

El Alcalde da cuenta del estado en que se encuentra una partida de aceite almacenada en Montesión que no reúne condiciones de comestible y pide que la Corporación decida lo que se debe hacer en vista de que aquel se pierde en gran cantidad.

Bisbal pide al señor Barceló y Caimari, Alcalde a la sazón que se hizo la compra, dé cuenta de su actuación en este asunto, y después de haberlo hecho aquel Bisbal dice lo siguiente: «Yo estoy muy conforme en que se comprara el aceite porque cubría una necesidad, pero resulta que por negligencia ha pisado el tiempo y en vez de 41 mil kilogramos de aceite solamente tenemos unos 36 mil en bruto y de esto yo debo culpar al señor Barceló que nombró un Depositario sin solvencia económica. Esto costará al Ayuntamiento de 30 a 40 mil pesetas.»

Sigue Bisbal atacando al señor Barceló diciendo que la Comisión de Subsistencias nunca supo nada de esto.

Se da un voto de confianza al señor Fons para que venda dicho aceite sacando lo que más se pueda.

El compañero Bisbal inquiriere del se-

ñor Fons el estado del asunto Singala y pide que en esto el Alcalde obre con la misma energía que en los demás asuntos, pues me temo —exclama el concejal socialista— que cuando se quiera hacer pagar al señor Singala éste ya no tenga pesetas.

El señor Fons promete ocuparse del asunto.

Bisbal denuncia que sabe se introduce en Palma mucho aceite de cacahuete y pide se culde de ello el Alcalde.

Seguidamente se levantó la sesión, que fué en extremo interesante y a la que el público dedicaba grandes comentarios.

¡Ya finió el 1921!

Por cierto que ha sido un año prójimo en acontecimientos proletarios, en España. Durante este año la organización obrera ha experimentado sacudidas muy dolorosas y de consecuencias catastróficas, principalmente para las neo-comunistas.

Ellos introdujeron la semilla de la discordia en el seno de la organización socialista y ayudados por los sindicalistas —que no tienen nada que hacer desde que desapareció la C. N. del T.— pretendieron arrastrar hacia el nebuloso comunismo a las masas obreras, pero felizmente —aparte los destrózos que han causado— no han logrado su objetivo, han fracasado, mejor dicho; en España el Comunismo fué un aborto que al nacer ya estaba muerto.

En Julio tuvo lugar en Madrid un Congreso extraordinario del Partido Socialista en el que se debía definir el pleito Internacional, y por miles de votos de mayoría rechazó el ingreso en Moscú, y entonces los delegados socialistas vieron con dolor que unos descontentos secundados por un grupo de jóvenes irresponsables producían la escisión en el Partido Socialista Español; y desde aquel momento empezó la era de campañas dilatorias contra el Partido Socialista. Los neo-comunistas en franca camaradería con los ultra-comunistas, anarquistas y sindicalistas, crearon aquellas famosas «minorías audaces» —andaces contra los socialistas, no contra los burgueses— e intentaron escalar las direcciones de los organismos nacionales valiéndose de todos los medios, pero la clase trabajadora de España, comprendiendo con admirable serenidad que si secundaba los manejos de los comunistas y Compañía, iría a parar al fondo del abismo en que yace la Confederación del Trabajo, reaccionó energicamente, y con alegría nos enterábamos del resultado de los diferentes Congresos Nacionales de los trabajadores.

El primero fué el de los Ferroviarios. Este viejo y fuerte organismo, por 7.000 votos contra 200 rechazó a los comunistas. No repuestos todavía de esta derrota los comunistas, tuvieron que salir otra tremenda en el seno de la gloriosa «Federación Gráfica Española», en la que después de amplios debates, por 8.741 votos contra 200 rechazó el ingreso en Moscú. Celebróse luego el Congreso Nacional del ramo de la Construcción y los comunistas perdieron todas las votaciones por más de 12.000 votos de mayoría.

No contentos con la obra destructora que realizaban en Madrid, extendieron

su campo de operaciones en provincias y fijaron su mirada en el poderoso «Sindicato Minero Asturiano».

Se reúne éste en Congreso, y los comunistas amañando representaciones falsas expulsan al Comité socialista por 1.000 votos, pero los socialistas repuestos de la sorpresa que les causó el golpe de Estado convocan otro Congreso ojo a visor a las tretas de los comunistas y por 6.000 votos de mayoría es destituido el Comité Comunista, reponiéndolo en sus puestos a los que infamemente fueron echados, y los comunistas tuvieron que presentarse como Llaneza, el odiado Llaneza, ocupaba su puesto en medio de una clamorosa ovación. No escarmientos todavía con estas sabias lecciones que recibían de las masas obreras intentan apoderarse del formidable «Sindicato de Mineros de Vizcaya».

Convocan un Congreso y abusan de la prudencia de los delegados socialistas, intentan anular la representación de las más importantes Secciones, ante cuya actitud y para evitar encuentros sangrientos los delegados de 11 Secciones de las 15 que componían el Congreso se retiran, dejando ancho campo a los comunistas quienes con los delegados de las 4 Secciones que quedaban nombraron Comité y tomaron todos los acuerdos que les vino en gana. Pero no contentos con eso querían algo más, ¡querían sangre! Y un grupo de 50 comunistas apostados detrás de unos árboles esperaron el paso delegados socialistas que se dirijian a tomar el tren, y al tenerlos al alcance les soltaron una descarga por la espalda, de cuya agresión cobarde resultaron heridos tres delegados. ¡Ya habían completado su obra... ¡Ya habían cumplido las 21! Pero su alegría fué la del gozo en un pozo. Convocóse inmediatamente otro Congreso y con representaciones del 80 por 100 de los afiliados al Sindicato se toma, con acuerdos por unanimidad de destituir al Comité de comunistas y volver a poner al frente del Sindicato a los mismos compañeros de antes.

He aquí, lector, los principales acontecimientos sociales ocurridos en el año 1921. ¡Acontecimientos bien tristes por cierto! La organización obrera ha quedado algo quebrantada. La Confederación Nacional del Trabajo ya no existe, su táctica levantó la ira reaccionaria y vinieron las deportaciones privando a la Confederación de sus más significados elementos.

El Partido Socialista también ha tocado las consecuencias de ese funesto 1921. Las dos escisiones producidas en su seno por los comunistas han debilitado algo sus fuerzas.

En cambio el 1921 en medio de tanta pesadumbre nos da una nota consoladora: La potencialidad de La Unión General de Trabajadores. En este organismo de cada día más formidable, se han estrellado los furiosos embates de sindicalistas y comunistas. En su último Congreso constaba de 241.000 afiliados y desde entonces—hará unos 8 meses—han ingresado 28.000 afiliados nuevos.

En medio de tanto desastre, es una nota muy consoladora. La Unión General de Trabajadores, hoy por hoy, es el organismo más poderoso de España, por esto los anarquistas y comunistas en su impotencia le tratan de «amarillas».

Veis, pues, trabajadores, la labor proletaria realizada durante el año 1921, labor bien funesta ¿verdad? Pero, no nos descorazonemos por esto, no desmayemos, no abandonemos la lucha. Sería de cobardes y apocados. ¡Mirémonos en el espejo de La Unión General de Trabajadores que por su táctica y buenos prin-

cipios ha salido incólume del torbellino sectarial ¡A luchar, pues, con más tesón que nunca! No seamos pesimistas que acaso no tarde mucho en que los que se fueron vuelvan donde estaban.

¡Y al empezar el año 1922 hagamos votos para que sea fecundo en beneficios para el proletariado español.

Sebastián Ferreljans

Lluvia de millones

Durante el año se han pagado por la Hacienda, según los Presupuestos aprobados por las Cortes, aumentados en algunos casos por cifras de consideración, las siguientes cantidades, que dan idea de la situación de bancarota en que está el Estado español:

	Pesetas
Deuda pública	535.147.639
Clases pasivas	87.700.000
Culto y clero.	61.459.870
Guerra	434.522.539
Marina	119.907.672
Vigilancia y Seguridad	23.519.306
Guardia Civil.	68.928.301
Marruecos	168.963.296
Contribuciones y rentas.	185.107.117
TOTAL	1.682.255.777

Estas eran las cifras globales del Presupuesto aprobado por las Cortes. Con las modificaciones introducidas por decreto, en virtud de autorizaciones y sin ellas; con los créditos votados después y los concedidos por el Consejo de Estado, y, sobre todo, con los gastos de la guerra de Marruecos, el Presupuesto llegará a ascender a muy cerca de

tres mil millones de pesetas

De los cuales sólo se gastan en enseñanza

138.851.658,

y en Foment

132.001.602,

Es la orgía de un régimen en liquidación.

PALABRAS INMORTALES

La indiferencia en materia política

Con motivo de la grave situación por que atraviesa España se está debatiendo la conveniencia de que ciertos elementos obreros abandonen su posición antipolítica si quieren actuar con eficacia en la cuestión social. Nosotros, que hemos definido claramente nuestra posición francamente socialista y de acuerdo con los principios que siempre hemos sustentado, reproducimos hoy las palabras de Carlos Marx

acerca de la conveniencia de que el proletariado actúe en política.

«La clase proletaria no debe constituirse en partido político; ella no debe, bajo ningún pretexto, tener una acción política, por cuanto combatir al Estado significa reconocer al Estado, lo que es contrario a los principios eternos. Los obreros no deben declararse en huelga, puesto que propender a aumentar o impedir la disminución del salario significa reconocer el salario, lo que es contrario a los principios eternos de la emancipación de la clase obrera.

Si en la lucha política contra el Estado burgués los obreros no consiguen sino arrancar algunas «concesiones», ellos no contraen sino compromisos, lo que es contrario a los principios eternos. Se debe, pues, despreciar cualquier movimiento pacífico, como los que acostum-

bran los obreros americanos y los ingleses. Los obreros no deben hacer ningún esfuerzo para conseguir un límite legal a la jornada de trabajo, porque es contraer compromisos con los patronos, los cuales, entonces, sólo podrán disfrutar del trabajo de sus obreros por diez o doce horas, en lugar de catorce o dieciséis. No deben, asimismo, darse la pena de impedir el empleo de los niños menores de diez años en las fábricas, porque con estos medios ellos no hacen sino impedir que los niños menores de diez años trabajen, lo que malogra la pureza de los principios eternos.

Los obreros no deben pedir ni querer, como lo hacen en la República americana, que el Estado cuyo presupuesto se halla inflado por el producto de la clase obrera, sea obligado a dar a los niños de los proletarios la instrucción primaria, puesto que la instrucción primaria no es la instrucción integral. Es preferible que los obreros y las obreras no sepan leer ni escribir, antes bien, que recibían la instrucción de un maestro de escuela del Estado. Es preferible que la ignorancia y la jornada de dieciséis horas embutezcan a la clase obrera antes que violar los principios eternos.»

Nadie podrá negar que si los apóstoles de la indiferencia política se manifestaran tan claramente, la clase obrera los mandaría al infierno y se sentiría humillada por estos burgueses doctrinarios y por esos gentiles hombres exóticos, que son tontos o ingenuos, a tal punto, de impedirles cualquier medio de lucha, porque todas las armas para combatir es menester tomarlas de la sociedad actual, y porque las condiciones fatales de esta lucha tienen la desgracia de no adaptarse a las fantadas idealistas que estos doctores en ciencias naturales han divinizado bajo el nombre de Libertad, Autonomía, Anarquía. Pero el movimiento de la clase obrera es hoy día tan poderoso que estos sectores filantrópicos no osan repetir ya las grandes verdades que sobre la lucha política aconsejaban constantemente propagar. Ellas son aún muy pequeñas para ser aplicadas a las huelgas, a las coaliciones, a las Sociedades de los diversos oficios, a las leyes del trabajo de las mujeres y los niños, sobre la limitación de las horas de trabajo, etcétera, etc.

Pero veamos ahora si ellos pueden ser llamados a las buenas tradiciones, al pudor, a la buena fe y a los eternos principios.

Los primeros socialistas (Fourier, Owen, Saint Simón, etc.), por cuanto las condiciones sociales no se hallaban lo suficientemente desarrolladas como para permitir a la clase obrera constituirse en clase militante, han debido fatalmente circunscribirse a señalar en la sociedad modelo del porvenir y condenar todas las tentativas, como son las huelgas, las coaliciones, los movimientos políticos iniciados por los obreros para obtener alguna mejoramiento de su suerte.

Pero si a nosotros nos es permitido renegar de sus padres, los alquimistas, debemos, sin embargo, evitar recaer en esos errores, que cometidos por nosotros serían inexcusables. Aun más tarde—en 1839—, cuando la lucha económica y política había tomado en Inglaterra un carácter bastante acentuado, Bray—uno de los discípulos de Owen y uno de los que antes de Proudhon habían caído en el mutualismo—publicó un libro titulado «Los males y los remedios del trabajo».

En uno de los capítulos sobre la ineficacia de todos los remedios que se

obtener con la lucha actual, Bray hace una acerba crítica de todos los movimientos, ya sean políticos o económicos. de los trabajadores ingleses, condena el movimiento político; las huelgas, la limitación de las horas de trabajo, el reglamento del trabajo de las mujeres y menores en las fabricas, porque, según este autor, todo ello, en lugar de propender a separarnos de la sociedad actual, nos ata a ella cada vez más y hace más intensos los antagonismos de clase. Llegamos ahora al oráculo de estos doctores en ciencia social, a Proudhon. Mientras el maestro tenía el coraje de pronunciarse enérgicamente contra todos los movimientos económicos (coaliciones, huelgas, etc.), que eran contrarios a sus teorías redentoras del mutualismo, apoyaba con sus escritos y con su aporte personal la lucha política de la clase obrera, sus discípulos temen pronunciarse contra esa lucha.

Ya en el año 1847, en que aparece la gran obra del maestro, «Las contradicciones económicas», yo refutaba sus sofismas contra un movimiento obrero. Aun en 1864, después de la ley Olivier, que otorgaba a los obreros el derecho de coalición de un modo restrictivo, Proudhon volvió a la carga con su libro «De la capacidad política de las clases obreras», publicado pocos días después de su muerte.

Los ataques del maestro satisfacían en tal manera a los burgueses, que «The Times», en ocasión de la gran huelga de los sastres de Londres en 1866, hizo a Proudhon el gran honor en traducirlo y condenar a los huelguistas con sus mismas palabras. He aquí la prueba: los ministros de Rive-de-Gier se habían declarado en huelga; los *soldados acudieron para hacerlos entrar en razón*. La autoridad —dice Proudhon— que hizo fusilar a los ministros de Rive-de-Gier fue bastante miserable. Pero ella obró como el antiguo Bruto, puesto entre su amor de padre y su deber de consúl; era necesario sacrificar a los hijos para salvar a la República. Bruto no titubeó un instante, y la posteridad le ha dado la razón. Según la memoria proletaria, no se recuerda un burgués que haya titubeado en sacrificar a sus obreros para salvar los propios intereses.

¡Qué brutos son los burgueses!

«Y bien, no; no existe el derecho de coalición, como no existe el derecho de hurtar o robar; como no existe el derecho al incesto y al adulterio.» Pero es necesario manifestar que existe indudablemente el derecho a la *tontería*. ¿Cuáles son entonces los principios eternos en nombre de los cuales el maestro fulmina sus excomuniones terribles?

Primer principio eterno: «La tasación del salario determina el precio de las mercaderías.

Hasta los que no tienen ninguna noción de Economía política, y que ignoran que el gran economista Ricardo, en sus «Principios de Economía política», publicados en 1817, ha refugiado de una vez para siempre este gran error tradicional, conocen el caso tan notorio de la industria inglesa, la cual puede dar sus productos a un precio bastante inferior al de cualquier otra nación, mientras que los salarios son relativamente más elevados en Inglaterra que en cualquier otro país europeo.

Segundo principio eterno: «La ley que autoriza las coaliciones es altamente antijurídica, antieconómica, contraria a cualquier sociedad y orden.» En una

palabra: «contraria al Derecho económico de la libre concurrencia.» Si el maestro hubiera sido menos «chauvin», se hubiera preguntado cómo se explica que cuarenta años antes, una ley tan contraria al *derecho económico de la libre concurrencia* fuera promulgada en Inglaterra, y por qué, a medida que la industria se desarrolla, esta ley —tan contraria a toda sociedad u orden— se impone como una necesidad a los mismos Estados burgueses. Posiblemente hubiera hallado que este derecho (con una D mayúscula) no existe sino en los *Manuales económicos* reaccionados por los Hermanos Ignorantes de la Economía política burguesa, en cuyos *Manuales* se encuentran perlas como éstas: *La propiedad es el fruto del trabajo... de los demás, se olvidaron agregar.*

Tercer principio eterno: «Por lo tanto bajo el pretexto de levantar la clase obrera de una llamada inferioridad social, será necesario denunciar una clase entera de ciudadanos: la clase de los señores, patronos o burgueses; será necesario excitar a la democracia obrera al desprecio y al odio para estos indignos aliados de la clase media; será menester preferir a la represión legal, la guerra mercantil e industrial; a la policía del Estado, el antagonismo de las clases.»

El maestro, para impedir a las clases obreras salir de la llamada *inferioridad social*, condena las coaliciones, que constituyen a la clase obrera en clase antagónica a la respetable *categoría de los patronos y burgueses*, que, ciertamente prefieren, como Proudhon, la *policía del Estado al antagonismo de las clases*. Para evitar cualquier disgusto a esta respetable clase, el buen Proudhon aconseja a los obreros (hasta la implantación del *régimen mutualista*, y a pesar de sus graves inconvenientes) la libertad o concurrencia, «nuestra única garantía.»

El maestro predicaba la indiferencia en materia económica, *para resguardar la libertad o concurrencia burguesa*, nuestra única garantía; los discípulos predicaban la indiferencia en materia política, para resguardar la libertad burguesa, su única garantía. Si los primeros cristianos, que también predicaban la indiferencia en materia política, necesitaron el brazo de un emperador para transformarse de oprimidos en opresores, los modernos apóstoles de la indiferencia en materia política no creen que sus principios eternos les imponga la abstención de gozar los placeres mundanos y los privilegios temporales de la sociedad burguesa. Debemos reconocer debidamente que es estoica su decisión en soportar las catorce o dieciséis horas de trabajo con que se cargan los obreros de las fabricas.

Carlos Marx

DE MANACOR

Ojeando la Prensa

Hemos visto en el número 192 de «Cultura Obrera», un artículo firmado por G. F., que suponemos es de Guillermo Febrer.

Y en dicho artículo vemos que habla de la Sociedad de Carpinteros La Manacorense, de un tal Juan Riera y

varios asuntos más. Y siendo nosotros obreros carpinteros y que hemos sido socios de dicha Sociedad, nos interesa decir unas cuantas palabras.

Es bien verdad que escribimos una carta a la Sociedad La Manacorense, si alguien le interesa no tenemos inconveniente en publicarla, firmada por 21 socios y decíamos, que si lo encontraban conveniente estábamos dispuestos a discutirlo, toda vez que fuera por escrito en los asuntos que tratábamos. Y se nos contestó que la Junta General había acordado que nos daba de baja, por no haber acatado las órdenes de la Sociedad.

Y sabemos por varios socios que al cabo de 8 días, se acordó lo que nosotros pedíamos, o sea lo referente a las horas de entrada y salida, que fué la causa de nuestra decisión. El día que el patrono dió las horas de entrada y salida no había delegado en nuestro taller, Febrer ya se había ido o había sido despedido y nadie dijo esta boca es mía, apesar que había dos compañeros que formaban parte de la Junta Directiva. Nosotros estamos bien convencidos que también nos iremos o seremos despedidos, esto no es cosa nueva, pero saldaremos cuentas y estaremos bien con cuidado tener ningún préstamo con el patrono, porque estos compromisos, a veces pueden comprometer a la colectividad. ¡Buen redentor tiene la clase trabajadora de Manacor!

Y volviendo al asunto ahora vemos que los individualistas no somos nosotros (esto ya estamos seguros) si acaso será el, porque en el mismo artículo lo demuestra, que fué por imposición suya que fuimos dados de baja de socios, porque nosotros no tenemos nada que discutir con él, sino con la Sociedad La Manacorense.

Vaya, Febrer, dejáte de quimeras, no importa que nos compadezcas por desgraciados, puede ser que algún día comprendas que tú eres tan desgraciado como nosotros, y eso de traidores suprimido, no ofendas nunca a hermanos tuyos: porque si tenemos que discutir y saldar cuentas, podría ser que el perjudicado fueses tu.

¡Amigo Febrer! ¿Cómo es que sales tan furioso en tu artículo? ¿Porqué no lo dices? Pues ya lo diremos nosotros, porque tu mismo has matado a nuestra Sociedad a causa de tu ambición y tus imposiciones absurdas, y te has quedado sólo con unos cuantos jóvenes de 18 a 20 años que apesar que hay algunos de mucha voluntad a veces no basta para hacer marchar una Sociedad como debe, y los de 14 a 18 sólo pueden contar como socios de número, que a veces ha sido la causa que las proposiciones han sido votadas por jóvenes que no veían lo que podía venir y han sido ellos mismos los perjudicados.

¿Porqué ha de pasar esto? Tu dirás: Porque a mí me conviene así, ya que de este modo no tengo a nadie que me haga tanto.

Peró ya ves que te ha pasado en el taller, que, según tu dices, era el que estaba más bien organizado y el en-

que había más número de socios y apesar de ello sólo se marcharon 3 y los restantes se quedaron. ¿Qué demuestra esto?

Hemos visto al ofuscado Juan Riera, como tu le llamas, y ha dicho que está muy tranquilo y que está dispuesto a cumplir con su deber todas las veces que se presente el caso.

Somos enemigos de las polémicas de obreros con obreros, pero si nos obligan tendremos que defender nuestra dignidad.

Varios Carpinteros

Manacor, 28-11-21.

SUSCRIPCIÓN

A FAVOR DE

EL OBRERO BALEAR

Suma anterior: 421'85 pesetas.

José Gomila, pesetas, 1'00; Juan Sabater, id., 0'50; Juan Sastre, id., 1'00; A. T., id., 1'00; Un compañero, id., 1'00; V. T., id., 0'50; Antonio Bover, id., 1'00; Jaime García, id., 0'50; Un reconstructor, id., 1'00; Antonio Mora, id., 1'00; Liberto, id., 1'00; Juan Roselló, id., 0'50; Demetrio Pérez, id., 0'50; A. Z., id., 0'50; Un reconstructor, id., 1'00; Antonio Mora, id., 1'00; José Gomila, id., 1'00; Julián Pizá, id., 1'00; Antonio Bover, id., 1'00; Liberto, id., 1'00; Jaime García, id., 0'50; Juan Roselló, id., 0'50; Demetrio Pérez, id., 0'50; A. Z., id., 0'50; Un compañero, id., 1'00; José Martí, id., 1'00.

Suma general, pesetas, 442'85.

El número extraordinario de EL SOCIALISTA

Con motivo de la entrada en el año nuevo nuestro querido colega «El Socialista» de Madrid ha publicado un número extraordinario de ocho páginas bien nutridas de texto variado e interesantísimo.

Han colaborado en dicho número los socialistas y escritores siguientes:

Julián Besteiro, Luis de Zulueta, Gómez Latorre, Generoso Plaza, Fernando de los Ríos, Martínez Sol, Trifón Gómez, Largo Caballero, Francisco Acorín, Juan de los Toyos, Venceslao Carrillo, José María Suárez, Manuel Vigil, Fermín Blázquez, Andrés Saborit, Julio Senador, Miguel de Unamuno, Juan A. Meliá, Dionisio Correas, Raimundo Varela, Indalecio Prieto, Pedro García, León Meana, Eduardo Álvarez, Laureano Briones y Francisco Sánchez.

Su precio es tan sólo de 15 céntimos y lo vende el compañero Juan Colom en la Casa del Pueblo.

La Igualdad

Sociedad de Constructores de Calzado

Se convoca a los asociados a la *Junta general ordinaria* de Reglamento que tendrá lugar el próximo sábado día 7 del corriente a las 8 y media de la noche en el local social Casa del Pueblo, (Ballester 32).

Se suplica la asistencia.

EL COMITÉ

Imp: Rosá, Ferrer y C. — Sócorro, 92